

Que lágrimas con fe y amor vertidas  
Pueden hacer que el mismo mar se encienda,  
Y quejas justas son de Dios oídas,  
Y hallan hasta el cielo abierta senda;  
¿Quién quita que las almas atrevidas  
De aquellos que en pecar no tienen rienda,  
Forzando no estuviesen las doncellas,  
No parando la fuerza en solas ellas?

Y ¿quién duda que en son triste y lloroso  
No llamasen á Dios, padre y abrigo,  
Y que él, como tan justo y piadoso,  
Socorro diese al bien, y al mal castigo?  
Partió Piali del puerto temeroso,  
Llevando las demás velas consigo;  
Mustafa se quedó, que no debiera,  
A esperar la siguiente primavera.

## CANTO XIV.

Los turcos ponen en ejecución la muerte de Abenhumeya. Alzan á Abenabo por su rey. Huzen, capitán turco, se enamora de Zara, y es causa de la muerte del reyecillo. Diego Alguazil, su primer enamorado, sale en campaña con su competidor. Abenabo cerca á Órgiva, y el de Sesa la socorre con dificultad.

Dije, digo y diré mientras viviere,  
Que el alto cielo el bajo mundo mira,  
Y que si, mal obrando, alguno fuere  
Protervo en provocar su justa ira;  
Si yerros sin enmienda cometiere,  
Vendrá á ver cierto que á su daño aspira;  
Que si el castigo tarda de la ofensa,  
La graveza es mayor y recompensa.

Los grados crecen de la justa pena  
A la medida de la injusta culpa;  
Estréchase la cárcel y cadena,  
Y arraigase el error que agravia y culpa,  
Si el malhechor con tiempo no refrena  
Sus afectos, y atiende á la disculpa  
Y penitencia, que es por ley divina  
De los vicios reparo y medicina.

No permitiendo va el Juez eterno  
Que Abenhumeya, violador profano,  
Concitado de furias del infierno,  
Turbase mas el crédito cristiano,  
Ordenó que su vida y mal gobierno  
Acerbo fin tuviesen por la mano  
Del escuadrón armado de Turquía,  
Que mas estableció su tiranía.

Habían ya las ruedas estrelladas  
A la mas alta sumidad subido  
Del zenit, y las horas dedicadas  
Del sueño á su mitad justa venido;  
Las ansias veladoras, entregadas  
Al reposo profundo y dulce olvido,  
Daban lugar á miserios mortales  
A mitigar sus quejas desiguales;

Cuando la gente de Abenabo entraba  
En Andarax, armada de cautela,  
Fingiéndolo todo aquello que importaba  
Para engañar la simple centinela;  
La casa entraron do el tirano estaba,  
Que de peligro tal no se recela;  
Mas luego despertó al batir violento  
Que en las puertas sonó de su aposento.

Rotas y puestas siendo por el suelo,  
Saltaron dentro algunos principales.  
Cuando así les vió entrar el reyecuelo  
Reconoció el extremo de sus males;  
Corrióle por las venas mortal hielo,  
Y turbado habló palabras tales:  
«¿Qué ley consiente que con fuerza fiera  
Mi casa quebranteis desta manera?»

«De turcos no son estas obras dinas,  
Dijo; mas quedó luego enmudecido,  
Porque una de dos torpes concubinas,  
Con que vilmente estaba entretenido,  
Prisionero le echó al cuello alabastrinas,  
Y á su competidor le dió rendido,  
Que era Diego Alguazil, así como ella  
La viuda deshonesto cuanto bella.

Después que le tuvieron maniatado,  
Diciéndole palabras injuriosas,  
Las cartas le mostraron del tratado  
Los turcos y las partes cautelosas;  
El responde, quejoso y espantado,  
Que está inocente y salvo en tales cosas,  
Y que es dellas autor, parte y testigo  
Diego Alguazil, su perdido enemigo.

La letra conoció de su sobrino,  
Clamando que tambien le era adversario;  
Mas todos, obstinados, al mezquino  
Trataban con rigor extraordinario.  
Caso fué cierto de memoria dino,  
Y grande ejemplo deste mundo vario,  
Que nadie en su favor armas tomase  
Ni sola una palabra pronunciasse.

Verdad es que la gente conjurada  
Notificó al ejército al momento  
La causa contra el Rey averiguada,  
Que al punto le movió á furor sangriento;  
Estaba la materia preparada  
Para moverse el vulgo á cualquier viento,  
Por odio en especial contra una vida  
Molesta en general y aborrecida.

Los capitanes citas en presencia  
Del anciano Abenabo, su pariente,  
Y de otros, ordenaron la sentencia  
Sin admitir excusa al delincuente;  
Condenarle á morir, y él, sin paciencia,  
Dice que no es en juicio competente;  
Que apela para el turco poderoso  
De agravio tan cruel y escandaloso.

De parte de Mahoma les protesta  
Que admitan sus excusas y defensas;  
Mas, como no era dilación aquesta  
De que esperar pudiesen recompensas,  
Solo el callar le dieron por respuesta;  
Y sin tener las cosas mas suspensas,  
En sus bienes y casa saco dieron,  
Y toda su hacienda repartieron.

Sus mujeres tambien, que eran cuarenta,  
Partieron, y Alguazil sin lite ó suerte  
La viuda pensó haber; mas otra cuenta  
Hace el turco Huzen, amante fuerte;  
El viejo amante de pesar revienta,  
El nuevo de coraje siente muerte,  
Y así, en las contenciones portadas,  
Quisieron meter mano á las espadas.

Templa Abenabo el fuego que se emprende,  
Tomando en sí el depósito seguro,  
Y la contienda de los dos suspende  
Para tiempo y acuerdo mas maduro;  
Ya el nuevo sol sus hebras de oro tiende  
Y quita la tiniebla al aire puro,  
Volviendo á cosas grandes y menores,  
Sus formas, sus matices y colores.

Este fué el triste y aciago día  
Que los precisos hados señalaron  
Por último á la vida y tiranía  
De aquel que los moriscos coronaron;  
Y porque mayor fuese su agonía  
Al eunuco por rey ante él alzaron,  
Aunque mostró de veras rehusallo,  
Mas no dejó en efecto de aceptallo.

Abenhumeya, viendo ya cercano  
El remate infelice de su vida,  
Al airado escuadrón mahometano  
Así habló con voz entristecida:  
«Pues mi destino quiere que temprano  
Haga del mundo la última partida,  
Y son mis enemigos capitales  
Los vasallos que tuve mas leales.

«Yo ofrezco á mi desdicha mi paciencia,  
Y pongo en vuestras manos descreídas  
La injusta ejecución de la sentencia;  
¡Oh infames y alevosos patricidas!  
Mas si de la divina Providencia  
Las justas quejas suelen ser oídas,  
Ante Dios justo emplazo tu persona,  
¡Oh Alguazil y fiscal de mi corona!»

«Y pido con las ansias y pesares  
En que por tí, cruel, morir me veo,  
Que en semejante fin como yo pares  
Primero que se cumpla tu deseo,  
Y acabes, cuando menos lo pensares,  
Por la misma ocasion que fuiste reo;  
Que oficio es natural á la justicia  
Los fines prevenir de la malicia.

Designios, ambición, vana esperanza  
Que viste en mí, morid conmigo,  
Y quede al mundo desta remembranza  
En mil siglos la fama por testigo;  
No pido de vosotros yo venganza,  
¡Oh turcos! porque el cielo es mi enemigo,  
Y sé bien, por mi mal, que del proviene  
La grave indignacion que así me tiene.

«Y pues con vergonzosa sogá al cuello  
Me teneis, como á can rabioso esquivo,  
Yo entiendo cierto, y no me engaño en ello,  
Que no me ha puesto así vuestro motivo;  
Ira es de Dios, así debo creello,  
La que se venga de mi ardid nocivo,  
Que á la soberbia y alteveza mia  
Tal género de muerte se debía.

«Por tanto, mi intención descubrir quiero  
En esta hora terrible postrimera,  
Y es que en la fe de los cristianos muero  
En la cual hasta aquí vivido hubiera,  
Sin que aceptara el cetro lisonjero,  
Ni contra España en armas me pusiera,  
Si del rey don Felipe los jueces  
Verdugos no me fueran tantas veces.

«Rompiéndome los fueros y hóménaje  
Que por derecho y ley pertenecía  
A mí, que, siendo de real linaje,  
Por ser cristiano no desmerecía;  
Y no que se extendió el odioso ultraje  
A tal extremo con deshonra mia,  
Que el puñal de la cinta me quitaron  
Y de uso de armas me inhabilitaron.

«Tambien agravios á mi padre hechos  
Me provocaron á tomar venganza;  
Mas ¿qué daños me trae ni qué provechos  
Callar ó referir mi mala andanza?  
A tí me vuelvo en trances tan estrechos,  
Oh Abenabo, y aun llevo confianza  
Que, como me sucedes en la suerte,  
Seguirás las pisadas de mi muerte.

«Y vosotros, fierisimos sayones,  
Que andadistes la sogá á mi garganta,  
No dobleis mis tormentos y aflicciones  
Tirando sin compás con furia tanta;  
El nudo flojo aprieta mis pasiones;  
Ya le aplique mejor, ¡oh cómo espanta  
De la implacable parca la figura!  
Oh, cómo es triste y llena de amargura!»

Esto dicho, cubrió el lloroso gesto,  
Y concertó la ropa al mismo punto,  
Queriendo, según pienso, ser en esto  
Del dictador romano fiel trasunto;  
Los dos ministros del ramal funesto  
Tiraron hasta tanto que, difunto  
El cuerpo, entre sus piés atormentado,  
Del alma y del calor quedó privado.

Tal fué de don Fernando el fin astroso,  
El que se osó llamar rey en España,  
El que le dió cuidado trabajososo  
Sustentando con armas ley extraña;  
Sin duda fué tirano mas famoso  
Cuento mayor tragedia le acompañara  
Y su misma caída miserable  
Nos da ocasion mayor que del se habla.

Favorables pronósticos y agüeros,  
Salud, edad y sangre generosa,  
Correspondencias, armas y dineros,  
Fragosas sierras, gente helicosa,  
Autoridad, poder, rentas y fueros,  
Todo paró en desdicha vergonzosa,  
Pues de lo dicho solo ha resultado  
Un misero cadáver ahorcado.

Si el fin de Abenhumeya dió mancilla,  
A lo menos guardóse buen secreto,  
Bien que todo el real se maravilla  
De ver prostrado así su rey eieto;  
El sucesor mandó á cierta cuadrilla  
Que al cuerpo de su príncipe indiscreto  
Sin pompa diese pobre sepultura  
Con el silencio de la noche oscura.

El sol hizo en poniente su jornada;  
Y así, se efectuó el enterramiento;  
Abenab la guardia acostumbrada  
Mandó se armase, y fué hecho al momento,  
Porque antes había sido desarmada  
Para mejor asegurar su intento,  
Mientras la ejecución de la sentencia  
Pudiera tropezar en resistencia.

Voló la noche y vino la mañana,  
Levantóse del lecho el moro anciano,  
Y hecha la zalá mahometana,  
Mandó unir su consejo bien temprano;  
Concurrieron los del con mayor gana  
Porque es la novedad al vulgo vano  
Un cebo natural y golosina,  
De que padece hambre y sed canina.

Dieron al nuevo rey la norabuena,  
Y él la aceptó, mostrando en el semblante  
Una afabilidad grave y serena,  
No sin alguna muestra de arrogante;  
Después en alta voz el aire atruena,  
Y atento el auditorio circunstante,  
Claramente se oyó en algarabía,  
Que, vuelto en castellano, así decía:

«Cuán léjos de ambición y de codicia  
Haya subido al grado en que me veo,  
Sobra seria grande de malicia  
Dejallo de entender, según yo creo;  
Y pues de Abenhumeya la avaricia,  
La crueldad en obras y deseo,  
Su inestable condicion y desconciertos,  
Son causa de que yazga entre los muertos,

«Yo os admito debajo de mi amparo  
Como vosotros me lo habeis pedido,  
Aunque rehusa el alma, viendo claro  
El mar de enojos en que soy metido;  
Si no fuera de mí con amor claro  
Vuestro glorioso animento pretendido,  
Si mas que al vivir proprio no os quisiera,  
Morir y no reinar por bien tuviera.

«Ya pues, que vuestra instancia y mi destino,  
Y el mas que paternal amor que os tengo,  
Me obligan á emprender este camino,  
Oid de qué manera me prevengo:  
En cuanto á lo primero, determino  
Que á dar cuenta del cargo que sostengo,  
Al rey de Argel embajador se haga  
Que desta novedad le satisfaga.

«El es tan sabio y rico de prudencia,  
Que verá la justicia que me abona,  
Y ratificará vuestra sentencia,  
Aprobando lo hecho y mi persona;  
Venida de su parte esta licencia,  
Solamente me daréis corona,  
Con las demostraciones que requiere  
El caso, y que mejor os pareciere.

«Entre tanto en Alá espero y confío  
De seros tal, que la experiencia pruebe  
Que el cetro engerto en este brazo mio  
Con vientos de fortuna no se mueve;  
Raíces de odio tan profundas erio  
Contra aquella nacion fiera y aleve  
Dentro en mi alma, que la saña fuerte  
En fuego ardiente de ira la convierte.

«Y así, no hallo términos humanos  
Que á mis enojos puedan ser iguales,  
Ni cura, sino es sangre de cristianos,  
Que aplaque mis tormentos desiguales;  
¡Alto! sus! todo el mundo apreste manos  
Contra sus enemigos capitales,  
Y háganse correos diligentes  
Que vayan avisando nuestras gentes.

»Escribanse á los bravos capitanes  
Que repartidos andan militando,  
De mi indigno pariente los desmanes,  
Y el mal que á todos iba fabricando;  
Sepan que ya se acaban sus afanes,  
Pues que Mahoma está tan de su bando,  
Que él desde el cielo, y yo desde la tierra,  
Quiere que mantengamos esta guerra.»

Así hablaba el bárbaro insolente;  
Mas daba á su altiveza buen sonido  
La firme opinión que de valiente  
Había por sus hechos adquirido;  
Un rumor entre el conclave se siente  
De aplauso, semejante á aquel ruido  
Que causan las corrientes caudalosas  
De rios entre sierras peñascosas.

Mas luego Carbaji desta manera  
Puso fin al bullicio, respondiendo:  
«Aunque otros hay delante á quien debiera  
Reconocer ventaja en lo que empuendo,  
No sufre, oh Rey, mi lengua verdadera  
Callar mas cuanto dellos y mi entiendo;  
Y así, respondo á tu razonamiento  
Con tu licencia y su consentimiento.»

»Tus manos todos con lealtad besamos  
Como vasallos tuyos verdaderos,  
Y tanto ya de sello nos preciamos  
Como otros de ser reyes herederos;  
Debémoste las vidas que gozamos:  
Tú nos libraste de los desafueros  
Del mal aconsejado primo tuyo,  
Que tiene justamente el pago suyo.»

Mas no tú la ocasion de recelarte  
De que haya quien se engañe imaginando  
Que por negociacion, astucia ni arte,  
Hayas de nós así alcanzado el mando;  
El mismo reino debe á ti buscarse,  
Huyendo de otros que le van buscando,  
Como aquel invitisimo romano  
En otro tiempo á Numa y á Trajano.

»Que si virtud á aquellos coronaba,  
A tu virtud y sangre juntamente  
Hacello deben, sin que invidia brava  
Ose poner en ello inconveniente;  
Pero, pues tu modestia nos agrava  
A esperar del de Argel firma patente,  
Aqui nos obligamos á traella,  
Pues no ha de costar mas que el ir por ella.»

»Y yo fuera el autor de la embajada;  
Mas quiero no partirme desta tierra  
Hasta dejar tu causa asegurada  
Y verte obedecido en llano y sierra;  
Después yo me profiero, si te agrada,  
A ir á levantar gente de guerra,  
Moviendo en tu favor la Africa adusta,  
Nacion feroz, armigera y robusta.»

»Despáchese quien vaya de presente  
A llevar tu eleccion, y demás desto,  
No quede capitán ni pueblo ausente  
Que, como ordenas, no se avise presto;  
Tú envía á mandalles absolutamente,  
Y déjanos el cargo en todo el resto;  
Que escribiendo haremos el oficio  
Que importará al bien comun y á tu servicio.»

Del grato responder del otomano  
Abdalla y los demás fueron contentos,  
Y luego desde allí se puso mano  
En aviar correos en los vientos;  
Dauz al reino se partió africano,  
Gran tramador de fraudes y alzamientos;  
Oro llevo y captivos en presente;  
Que dádivas atraen cualquiera gente.

Resultó de la dicha diligencia  
Venir la aprobacion á las voladas,  
Y dar al nuevo eleto la obediencia,  
No solo las banderas rebeladas,  
Mas pueblos que habian hecho resistencia  
A recuestas de otro porfiadas;  
Y así, el eunuco yendo con bonanza,  
Soltaba mas la rienda á su esperanza.

Mostraba el nuevo sol su faz lucida  
Cuando los electores del tirano,  
Con larga cerimonia y muy cumplida  
Al pueblo le mostraron, mas que ufano,  
Con marlota de púrpura vestida,  
Roja bandera en la siniestra mano,  
En la diestra una espada alta desnuda,  
Ancha de filos, y de punta aguda.

Subido en hombros, el supersticioso  
Linaje así cantando le decia:  
«Ensalce Dios el rey claro y famoso  
De Granada y de toda Andalucía;  
Viva Abdalla Abenabo poderoso;  
Prosperé Dios su estado y alegría,  
Y su pariente santo, que es Mahoma,  
Extienda sus victorias hasta Roma.»

Traido así en el campo larga pieza,  
Dali y el Habaquí de oro luciente  
Le pusieron corona en la cabeza  
Con ademán humilde y reverente;  
Carbaji en el momento se adereza  
Para pasar en Africa por gente;  
Huzen de acompañalles se holgara  
Si libre de pasiones se hallara.

Mas el amor, y mas la competencia,  
En que Algnazil hacia grand instancia,  
Hasta ver de Abenabo la sentencia  
Le atajaban designios de importancia;  
Quiso el Rey atajar la diferencia,  
Las quejas, el orgullo, la arrogancia  
De los dos, con hacer juez la dama,  
Y della posesor al que mas ama.

O que ella en otra parte divertido  
Hubiese su aficion, ó que temiese  
De su persona misma, ó del ruido  
Que habria entre los dos si á uno se diese,  
O que el Rey se lo hubiese persuadido,  
Mas, ¿quién se persuadió que bien quisiese?  
Ella se resumió al punto postrero  
Con un seco decir: «Ninguno quiero.»

Oida la cruel difinición,  
Quisieran apelar, mas no hay adónde;  
No hay tribunal que juzgue ó ley que escriba  
Sobre el odio ó amor que un pecho esconde;  
La misma voluntad tambien se priva  
De alcanzar á saber como ó por dónde  
A veces ama lo que aborrecia,  
Y otras olvida lo que amar solia.

Pero los dos ternisimos amantes,  
Aunque en el galardón fueron ignales,  
Las competencias que tuvieron antes  
En odios convirtieron capitales;  
Mirábase con asperos semblantes,  
Declábase en ausencia cien mil males;  
Que cuando pereció la confianza  
Resucitó el deseo de venganza.

Quejábanse bramando el granadino  
Que, siendo dendo y amador primero,  
Se le opusiese el venedizo indino  
Para causalle un mal terrible y fiero;  
El turco capitán de su destino  
Se lamentaba porque un vil grosero  
Morisco se le hubiese declarado,  
Por mas dendo que fuese y mas amado.

Cada cual, entre tanto, por su parte,  
Por indirectas vias solicita  
Que la viuda de sí el rigor aparte;  
Mas ella de lo dicho no se quita,  
Preciándose de ser otra Anaxarte,  
Oh condicion de hembras exquisita,  
Que seguir los extremos apeteces  
Cuando amas, y lo mismo si aborreces!

Subió el olvido y desamor de punto,  
Y en ellos la discordia, de manera  
Que no bastara todo el mundo junto  
A poderles templar la saña fiera;  
De una parte el angelico trasunto,  
Y de otra atiza la cruel Meguera,  
Hasta que, de agotado el sufrimiento,  
En fin llegó el negocio á rompimiento.

Aplazan entre sí que cuando Apolo  
De aquella parte esté del horizonte,  
Secretamente, sin celada y dolo,  
Juntos irán á un solitario monte,  
Y allí combatirán de solo á solo,  
No como Mandricardo y Rodomonte,  
Pues que ninguno puede ser felice,  
Ni venciendo quedar con Doralice.

La causa era el enojo vengativo,  
Y la venganza el premio de aquel duelo.  
Mas ya de Clicie el rostro compasivo  
Perdia de vista todo su consuelo,  
Cuando á la ejecucion del hecho esquivo  
Salieron los amantes sin recelo;  
Alfanges solos sacan al desierto,  
Que estas fueron las armas del concierto.

Emboscáronse mas de una gran milla,  
Cuidoso cada cual y recatado,  
Hasta que se hallaron á la orilla  
De un claro arroyo, junto á un verde prado,  
Dispuesto sitio para la rencilla,  
Y así al morisco dijo el turco osado:  
«Detente, y pagarás tu devaneo;  
No vayas á morir por mas rodeo.»

»Todas palabras son bien excusadas  
Cuando el poder está tan en las manos,  
El andaluz responde, y con dobladas  
Iras se embisten ambos inhumanos;  
Nunca con las cervices erizadas  
Llegaron ferocisimos alanos,  
Tan bravos á llagarse con los dientes,  
Como aquellos arados y valientes.

Tiranse apriesa tajos y reveses,  
Mandobles y altibajos revolviendo;  
Ya de almetes les sirven, ya de arneses,  
Los prestos filos que andan esgrimiendo;  
Como en las fraguas de los milaneses  
Resuena de martillos el estruendo  
Cuando el metal, ya vuelto en brasas vivas,  
Armas se van formando defensivas;

Así de aquel combate violento  
Resultaba un altísimo sonido  
De fuertes golpes y penoso aliento  
Para hacer mas fuerza detenido;  
No era el herirse desta lid á tieno,  
Aunque la luz del sol se habia escondido,  
Por ser la noche á la sazón serena,  
Y estar Delfia en creciente y casi llena.

Duraba por los dos neutral la suerte,  
Hasta que declinó contra el de España,  
Y el scita le alcanzó con brazo fuerte  
Un golpe, que en su sangre el suelo baña;  
El moro, aunque herido está de muerte,  
De esfuerzo sus desdichas acompaña,  
Y piensa de Huzen ser homicida,  
Pues tras el bien le priva de la vida.

Mas ya vigor le falta para ello,  
Aunque le sobra cólera pujante,  
Que la herida grave es en el cuello,  
Y no menos mortal que penetrante;  
No bastan ya sus pies á sostenello.  
El turco, que esto ve, cierra al instante,  
Y quitale el alfange de la mano,  
Haciéndole postrar en aquel llano.

El moro que se ve en el angustioso  
Trance, de todo ardid desamparado,  
Con débil voz y tono lamentoso  
Así dice á Huzen el esforzado:  
«Templa la furia, turco victorioso,  
Por muerto te me doy, dame algun vado,  
Que si vivir me dejas un momento,  
Irás mas admirado que contento.»

Y prosiguió, diciendo: «Sabe cierto  
Que yo urdi con mi astucia todo el dano  
Por falsos testimonios al rey muerto;  
Yo fabriqué las letras y el engaño;  
Zara cruel me dió camino abierto  
Para el insulto del suceso extraño,  
Mostrando que el amor que me tenia  
Era el mas eficaz que ser podía.

»Mas su engañosa fe y pecho mudable  
Me tienen cual me ves que estoy agora;  
Guarte de Zara pues, la detestable,  
Guarte de aquella Circe encantadora;  
Hermosa es su figura y agradable  
Entre cuantas profesan la ley mora;  
Mas dentro vive un alma criminosa,  
Como el aspide á sombra de la rosa.

»Ya el desangrado cuerpo siento frío;  
El alma á la partida se apresura;  
Ruégote pues, fatal verdugo mio  
(Así me venzas siempre en la ventura),  
Que seas vencedor en parte pio  
Dando á mis huesos propia sepultura;  
Serás propicio amigo al muerto triste,  
Que vivo en tanto grado aborreciste.»

Apenas acabó de contar esto,  
Cuando la noche del profundo olvido  
Los ojos le selló con el funesto  
Eclipsi del morir aborrecido.  
El turco, entre alegría y pesar puesto  
Por la victoria fresca y por lo oido,  
Juzgó, contrapesando la balanza,  
Cuán vano es el placer de la venganza.

Y tanto de mancilla lastimado  
Cuanto de obligacion cortés movido,  
No rehusó el trabajo, aunque causado,  
De sepultar el cuerpo fallecido;  
Volvió al réal cuidadoso y disfrazado  
Después que su camino habia partido  
La fea hija de la madre tierra,  
Que la visiva facultad destierra.

Luego que se alegró el rosado oriente  
Con la prosperidad del sol lustroso,  
Abenabo mandó que prestamente  
Se junte su consejo belicoso,  
Para dar buena traza y expediente  
Al peso de negocios numeroso,  
Que la sazón presente acumulaba  
Y el labirinto nuevo en que el entraba.

Tratóse de hacer repartimiento  
De gobiernos, condutas y alcaldías,  
Reformaciones, acrecentamientos,  
Por varias causas y diversas vias;  
Tenia un hermano de altos pensamientos,  
Siempre ambicioso, y mas aquellos dias,  
Que se llamaba de su mismo nombre,  
Juntó el de su profeta en el renombre.

A este de alguacil mayor dió oficio,  
Que era entre ellos segundo magistrado;  
Después del rey, Dali en el ejercicio  
De su cargo quedó como habia estado;  
Carcax, turco animoso, que al bullicio  
Habia entonces de Africa llegado,  
Fue hecho capitán, y su privanza  
Creciendo, fué continuo á gran pujanza.

Mas en quien hace Abdalla mas mejora,  
A quien mas cree y de quien mas se fia,  
Es Habaquí, y el rio de Almanzora  
Le comete, y tambien el de Almería;  
Tierra de Baza y de Filabrés mora,  
Y de Guadix, su patria, del confía;  
El marquesado todo del Cenete,  
Y otros mayores cargos le promete.

Nombra á Noaybe, ya famoso hecho,  
Por general en tierra de Granada;  
Y en la de Vélez, con el largo trecho  
Del valle fértil y Alpujarra osada,  
De acandillar le da el mismo derecho  
La morisma que está en Sierra Nevada;  
Lo cual hecho, despacha al moro Orcane  
Para que del de Argel socorro gane.

Aunque de Carbaji por cierto tiene  
Que habrá llegado á despertar motivos,  
Mas, como el caso tanto le conviene,  
Añadir piensa estímulos mas vivos;  
Y así, hace otra instancia muy solene  
Con un presente grande de captivos,  
No poco provechosa diligencia,  
Como después se vió por experiencia.

Armas juntaba en presas, parte habidas,  
 Parte de mercaderes berberiscos,  
 Y mandaba que fuesen repartidas  
 Por bajos precios entre los moriscos;  
 Con estas prevenciones advertidas  
 Junió dellos y turcos levantiscos  
 Y de moros ejército pujante,  
 Que en número y poder iba delante.

Tenia ganada la benevolencia  
 De toda la comun y especial gente,  
 Con la afabilidad de la presencia  
 Y la reputacion de ser valiente;  
 El haber padecido con paciencia  
 En la persona el grave inconveniente,  
 En aquel poco espacio que fué esclavo,  
 Hacia mas bienquisto al Abenabo.

Mas el hijo de César no ignoraba  
 El gobierno y disignios del tirano,  
 Ni como al sitio de Órgiva aprestaba  
 Todo su cuerpo con armada mano;  
 Pero el orgullo el paso que llevaba  
 Dobló por un desastre no liviano  
 Que sucedió al presidio aquellos dias  
 En una de sus fuertes compañías.

Y fué que, habiendo de Órgiva salido  
 Hacia el Chel, procurando bastimento,  
 Gran multitud cruel de aquel partido  
 Le dió terrible asalto y fin sangriento;  
 Y así, el barranco de aspero sonido,  
 Que llaman Tarascon, fué enterramiento  
 De todos, salvo tres, que, entre los muertos,  
 Por ser fingidos, no lo fueron ciertos.

De aqui tomó ocasion el moro Abdalla  
 Para en Castil de Ferro meter gente,  
 Armas, artilleria y vitualla,  
 Y al capitán Leandro diligente,  
 Porque tenia nueva que sin falla  
 Vendría con socorro prestamente  
 Carbaji, y sustentando a quella plaza,  
 Habría en recebillo mejor traza.

Y sin que mas un punto se dilate,  
 El campo mueve con soberbia osada,  
 Fiando cierto que dara remate  
 A la conquista de Órgiva nombrada;  
 Barbuz, Careax, Nacoz y el Arrendate  
 Llevaban la vanguardia encomendada:  
 Él iba en medio con tres mil de guardia,  
 Dali lleva dos mil de retarguardia.

Llegó a la villa en tal orden marchando;  
 Y sentado el real no lejos della,  
 Se le fué con trincheas arrimando  
 Sin estimar la gente que está en ella;  
 Francisco de Molina con su bando  
 Muestra el posible esfuerzo en defendella,  
 Aunque el lugar no es fuerte para Marte,  
 Ni por naturaleza ni por arte.

Solo tenia entonces favorable  
 El tener á Granada á poco trecho,  
 Mas, por presto que el Principe admirable  
 Trató de socorrerla en tal estrecho,  
 No fué tanto, que el bando abominable  
 Dejase de hacer que a su despecho  
 Los sitiados se viesen de manera,  
 Que nadie antes de vello lo creyera.

De todas partes eran aquejados,  
 Y á tan estrecho sitio reducidos,  
 Que en sus reparos ya sobrepujados,  
 Eran por otros muertos y heridos;  
 Los bastimentos casi rematados,  
 El agua y los pertrechos consumidos,  
 Mas no la lealtad y fortaleza,  
 Que á españoles ensalza á tal alteza.

De Bohórques Juan Alvarez defiende  
 Un llaco sitio con esfuerzo fuerte,  
 Cual bravo capitán que obrando atiende  
 A quebrantar los fueros de la muerte,  
 ¡Oh fama, tú por quien el tiempo extiende  
 La corta vida de la humana suerte;  
 Del extremeño ilustre siempre canta  
 La gloria que los ánimos levanta!

Estaba rodeado en un portillo  
 De fiera turba y multitud pagana,  
 Con poca gente, de quien es caudillo,  
 Haciendo de si muestra mas que humana;  
 Carga en aquella parte el reyecillo,  
 Persevera la lid fiera inhumana;  
 Tanto, que ya les faltan municiones,  
 Y sobran de morir las ocasiones.

Mas con ardid de extraña providencia,  
 Rotos algunos vasos que tenia,  
 Suplió dellos la plata en la pendencia  
 La gran falta que el plomo les hacia;  
 Con esta memorable resistencia  
 Y otras tales la villa se tenia,  
 Esperando el socorro, que tardaba,  
 Puesto que ya en Granada se alistaba.

Determinó don Juan que contra Abdalla  
 Saliese el nieto del que en mil naciones  
 La historia de sus hechos, que no calla,  
 De grande le da título y blasones;  
 Fué empresa que debió de procuralla  
 El Duque, pues, demás de otras razones,  
 Era suyo el lugar asediado,  
 Como ya en otra parte se ha contado.

De la ciudad de Nata, en órden puestos,  
 Salen seis mil infantes en campaña,  
 Y trescientos jinetes bien apuestos,  
 Contra la fuerza de Abenabo extraña;  
 No fueron en llegar á Órgiva prestos,  
 Porque la enfermedad que á ricos daña  
 Toco, en llegando á Acequia fuertemente,  
 Al de Sesa, que della era doliente.

La dilacion por esto era forzada,  
 Y urgente la ocasion de la jornada,  
 A cuya causa el de Austria no reposa,  
 Y quiere cometella á Luis Quijada;  
 Pero, movido de vergüenza honrosa,  
 El Duque prosiguió la comenzada  
 Empresa, aunque el dolor que le aquejaba  
 En todo su vigor y fuerza estaba.

A Vilches, hombre plático en la tierra,  
 Con ochocientos hombres ir le manda  
 Por lo mas escondido de la sierra,  
 Dejando á Lanjaron á la una banda,  
 Hasta el barranco que el camino cierra  
 De Órgiva, y que remate su demanda  
 Con le reconocer, y dar ábina  
 Aviso al buen Francisco de Molina.

Y por asegurar el presupuesto  
 Envio á sus espaldas otros tantos;  
 El los siguió después con todo el resto  
 Por medio de asperezas y quebrantos;  
 Mas dió la vigilancia aviso presto  
 Al enemigo, porque en todos cuantos  
 Montes en el distrito largo habia,  
 Atalaya continua se hacia.

Sabida ya del Duque la venida,  
 Hecha dos partes la maldita gente,  
 La una asiste al cerco embravecida,  
 La otra sale al campo, y prestamente  
 Dali y Huzen la llevan repartida,  
 Y válese del tiempo astutamente,  
 Sin mostrarse á los nuestros, hasta cuando  
 El sol iba al ocaso declinando.

Dali, furioso entonces, acomete  
 Y traba encaramuza, y al instante  
 Arrendate tras Vilches se entremete,  
 Y embocase dejándole ir delante;  
 Nacoz cerca del llano tambien mete  
 Tres banderas con maña semejante,  
 Y el camino de Acequia, que es llamado  
 De las tres peñas, toma á cada lado.

Negocio raras veces sucedido  
 Entre los capitanes mas famosos,  
 Meterse combatiendo en escondido  
 Lugar para sus fines cautelosos,  
 Sin que fuese el ardid reconocido  
 De tantos escuadrones presurosos,  
 Como ya á la sazón cerca llegaban,  
 Ni del que tras de si dejar osaban.

Cayó la tarde mas, y reforzando  
 Dali la escaramuza sanguinosa,  
 Cerca del agua, y con rigor cargando  
 A la parte mas agria y barrancosa,  
 Hizo á los nuestros irse retirando  
 Con esperanza vana y engañosa  
 De llegar sin estorbo á do creia  
 Cada cual que el de Sesa ya estaria.

Pero hallando en medio la emboscada,  
 Y léjos el socorro necesario,  
 Una terrible carga les fué dada  
 Del que á Céspedes fué cruel contrario;  
 A punto ya de ser desbaratada,  
 La gente resistió al hado adversario,  
 Recogiéndose á un alto, hechos fuertes,  
 Adonde se exansaran muchas muertes.

Si cautamente el capitán Perea  
 Tuviere, viendo al Duque, sufrimiento  
 Para no anticiparse á la pelea,  
 Dejando el oportuno y fuerte asiento;  
 Piensa atajar así, pero rodea,  
 Haciendo en el camino fin sangriento,  
 Con parte de los suyos, que, animados  
 De su ejemplo, murieron bien vengados.

Los demás fueron luego socorridos  
 Del de Sesa, y la noche escureciendo,  
 Los moros que Nacoz tenia escondidos  
 Arremetieron con asalto horrendo;  
 Soberbias voces, altos alaridos  
 Iban todo el contorno ensordeciendo,  
 Que ya tambien llegaban al combate  
 Las gentes de Dali y las de Arrendate.

La escuridad, el caso no pensado,  
 Y el no saber la tierra, descompuso  
 Al fiel campo, que se vio atajado  
 Entre armas fieras y rumor confuso;  
 Morian sin cesar á cada lado,  
 Grecian la desórden y el abuso;  
 Los cuerpos, derribados por el suelo,  
 Expirando gemian sin consuelo.

La roja sangre destos, que corria  
 Por la fragosidad en larga vena,  
 La de algunos helaba, en quien podia  
 Mas que la honra el miedo de la pena;  
 Cuya flaqueza vil descomponia  
 La fuerza y órden de la gente buena;  
 Y así, los moros, con segura traza,  
 Muy á su salvo osaban dalles caza.

Y ejecutando su terrible saña,  
 Mataban y herian cruelmente,  
 Amancillando el crédito de España  
 De sus entrañas la peor simiente;  
 Faltaba ya en los nuestros fuerza y maña,  
 Tanto, que muchos vergonzosamente  
 A espaldas vueltas con oprobrio fuerte  
 Se entraban por las puertas de la muerte.

Mira el de Sesa el caso lastimero,  
 El error ciego y torpe retirada,  
 Y oponese con animo de acero  
 Al remedio de cosa tan errada;  
 Ya resuelto de morir, primero  
 Que olvidar su grandeza en todo usada,  
 Con facundia que al mundo leyes diera,  
 A los suyos habló desta manera:

«¿Adónde vais, decid, hombres perdidos,  
 Que tan sin rinda osais desvergonzaros?  
 ¿Qué fantasmas os turban los sentidos?  
 ¿Quién dellos así puede enajenaros?  
 Acordáos que en España sois nacidos,  
 Que solo bastara para animaros,  
 Y que lo habeis con hombres delincuentes,  
 Sin ley y sin razon, y no valientes.»

«¿Qué se dirá en el mundo cuando suene  
 Un yerro de flaqueza tan culpable?  
 Qué edad sucederá que no os condene,  
 Renovando la infamia perdurable?  
 Qué satírico habrá que no se estrene  
 En morderos con ira insaciable?  
 Y aun las pinturas mudas tendrán lenguas  
 Que digan y publiquen vuestras menguas.»

«Por tanto, Dios no quiera que algun dia  
 Pluma ó pincel me nombre ó me retrate  
 Por general de campo que huia,  
 Sin que me deje muerto en el combate.  
 Saltado en pié, furioso, en esto habia,  
 Dando con obras al decir remate;  
 La espada empuña y el escudo embraza,  
 Bravo cual toro cuando sale á plaza.»

La eficacia profunda de razones,  
 El vivo ejemplo y ánimo invencible  
 Del inclito varon, que en ocasiones  
 Mostró de valor siempre lo posible,  
 Fueron á los turbados escuadrones  
 Remedio tan á tiempo y conveniente,  
 Como lo suele ser el claro dia  
 Para el que en noche oscura erró la via.

La vergüenza se opuso al miedo triste,  
 Y refrenando su desasosiego,  
 La gente se une, y al furor resiste  
 Con que la perseguia el vulgo ciego;  
 ¡Oh Duque heroico, cuánto allí pudiste!  
 ¿Qué romano caudillo ni qué griego  
 Hiciera mas que tú, pues lo incurable  
 Curaste con efecto memorable?

Sanaste la dolencia mas odiosa  
 Que puede en los ejércitos hallarse,  
 La mas nociva y mas contagiosa,  
 Y que de noche mas suele agravarse;  
 Mas no en aquella oscura y tenebrosa  
 En que esto sucedió ha de sepultarse,  
 Ni en las prolijas vueltas de los siglos,  
 Que de las cosas son crudos vestiglos.

Tu piedad y valor y tu albedrio  
 Admirables serán eternamente,  
 Y de don Gabriel, tu digno tio,  
 La virtud con que allí estuvo presente,  
 Y la constancia y generoso brio  
 De otro par de soldados preeminente,  
 Don Luis y don Juan, que tu gran nombre  
 Por sangre les compete y por renombre.

¿Qué diré pues del duque, tu sobrino,  
 Don Luis, flor del tronco de Cardona,  
 En quien, como en espejo cristalino,  
 El retrato se vió de tu persona?  
 Y ¿qué del buen don Juan el Mendocino,  
 Que de galán te dan nombre y corona,  
 En cuyo ardid esfuerzo y fortaleza  
 Resplandeció el blason de la nobleza?

Cada cual destos héroes, contrastando  
 Al impetu enemigo turbulento,  
 Y el ejército pio administrando  
 Segun les daba el Duque documento,  
 Fué causa que, marchando y peleando,  
 Volviese á Acequia puesto en salvamento;  
 Difícil y prolija retirada,  
 De infinitos peligros rodeada.

La media noche dicen que seria  
 Cuando se concluyó el dicho fracaso,  
 De cuyo gran momento dependia  
 Grave ponderacion de todo el caso;  
 El sol, que á otro hemisferio daba el dia,  
 Le trujo al nuestro desde el otro ocaso,  
 Y la importuna noche en esa hora  
 Huyó de la presencia de la aurora.

CANTO XV.

La guarnicion de Órgiva se pasa á Motril. Galera, lugar muy fuerte, se rebela y fortifica. Los moriscos de Huéscar tratan de alzarse con la ciudad. El señor don Juan y el duque de Sesa salen de Granada á buscar los enemigos.

Quien con bonanza próspera navega  
 No hace mucho en ser buen marinero  
 Ni causa maravilla cuando llega  
 A puerto de salud con su madero;  
 Mas el que con fortuna oscura y ciega  
 Resiste al mar airado y viento fiero,  
 Merece, por su industria y buen gobierno,  
 Notable estimacion, loor eterno.